

Akal Pensamiento crítico

LA CLASE OBRERA NO VA AL PARAÍSO

CRÓNICA DE UNA
DESAPARICIÓN FORZADA

Ricardo Romero Laullón (Nega)
Arantxa Tirado Sánchez

PRÓLOGO

Owen Jones



La clase obrera no va al paraíso Ricardo Romero (Nega) & Arantxa Tirado

Akal / Pensamiento crítico / 52

Ricardo Romero Laullón (Nega) y Arantxa Tirado Sánchez

La clase obrera no va al paraíso

Crónica de una desaparición forzada

Prólogo: Owen Jones

Aunque para muchos líderes políticos, periodistas o académicos hablar de la clase obrera en la actualidad resulte un anacronismo y esté pasado de moda, este libro pretende reivindicar la vigencia social y la importancia política de una clase que tiene en sus manos la posibilidad de la transformación social, aunque no siempre sea consciente de ello. Con el desparpajo y el sarcasmo de un raperero que fue ocho años soldador de mono azul y la sapiencia adquirida por una joven de barrio obrero que hasta pidió préstamos para poder estudiar «por encima de sus posibilidades» en el extranjero, se nos muestra la radiografía de la clase obrera en nuestro país, las transformaciones que ha experimentado en el ámbito económico y su relación con la cultura: desde su negación en el cine y su invisibilización en la publicidad, hasta su linchamiento y caricaturización en televisión. Su presencia minoritaria en la Universidad de masas, su tormentosa relación con la academia y, no menos importante, su estrecha y a veces distante sinergia con los partidos de izquierda tradicionales. Sin paternalismo pero también sin concesiones, como solo el orgullo de clase de quien nació en la clase obrera (y no la visitó como turista) es capaz de lograr.

Ricardo Romero Laullón (Valencia, 1978) es vocalista y productor en el grupo de hip hop Los Chikos del Maíz. Estudió Comunicación Audiovisual en la Universidad de Valencia y fue soldador e instalador de gas y calefacción durante cerca de ocho años. También ha desempeñado trabajos como mozo de almacén o camarero. Ha escrito junto a Pablo Iglesias *¡Abajo el régimen!* y participado en un libro colectivo, *Cuando las películas votan*, con una retrospectiva sobre Godard y el cine militante. Actualmente escribe con regularidad en medios como *La Marea* o *Público*. Habitual en charlas y foros de la izquierda transformadora, colabora con movimientos sociales como la PAH de Valencia, el sindicato Acontracorrent o con programas como La Tuerka o Fort Apache.

Arantxa Tirado Sánchez (Barcelona, 1978) es politóloga especializada en Relaciones Internacionales por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En la adolescencia empezó a militar en la izquierda transformadora. Ha compatibilizado sus estudios con el trabajo, como becaria en la administración pública (y en la empresa priva-

da), bibliotecaria, analista política, técnica sindical, administrativa, camarera o vendedora de zapatos. Actualmente es investigadora doctoral en la UNAM.

Diseño de portada
RAG

Motivo de cubierta
Antonio Huelva Guerrero

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

© Ricardo Romero Laullón y Arantxa Tirado Sánchez, 2016

© Ediciones Akal, S. A., 2016

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4378-2

*A la gente de nuestros barrios,
seguros de que en su lucha
está la clave de nuestra emancipación*

AGRADECIMIENTOS

A Pablo Manuel Iglesias Turrión, por ser el culpable de provocar que nos conociéramos y acabáramos haciendo este libro.

A Tomás Rodríguez Torrellas, por su paciencia y su acompañamiento a lo largo de los más de tres años de elaboración del libro.

A Owen Jones, por su prólogo y por inspirarnos con un libro tan necesario como *Chavs: la demonización de la clase obrera*.

A los amigos y amigas que nos ayudaron leyendo parte del contenido y nos dieron valiosas ideas. A aquellos que, con su ejemplo y sus anécdotas, nos han servido de inspiración para este libro.

Gracias a todos los jóvenes proletarios y a los emigrados que participaron en las encuestas, la lista sería interminable. Gracias a Rubén y a Tania por su ayuda.

A nuestros padres, familia y barrios, por enseñarnos a ser como somos. Pero, sobre todo, a nuestra clase, porque sin ella no habríamos sido capaces de escribir este libro.

Por último, pero no menos importante, a Alba y a Lalo.

PRÓLOGO[1]

«Ahora todos somos clase media»: en los años noventa, esta era una frase que podía concitar el acuerdo de la mayor parte del poder político y mediático. La antigua clase trabajadora había desaparecido –o eso afirmaba el análisis– y todo lo que quedaba eran los decadentes restos del naufragio, formado por los vagos, los intolerantes y los desahuciados. Para los defensores del *statu quo*, este análisis era cómodo por múltiples razones. En primer lugar, imposibilitaba comprender cómo y por qué la riqueza y el poder se concentraban en muy pocas manos. En segundo lugar, si la sociedad se componía de individuos atomizados, resultaba imposible una respuesta colectiva ante la injusticia. «“Clase” es un concepto comunista», declaró en una ocasión Margaret Thatcher. «Agrupa a la gente en paquetes y los enfrenta entre ellos.» El concepto mismo de clase era subversivo, creían Thatcher y sus defensores. «No es la existencia de clases lo que amenaza la unidad de la nación –afirmaban los conservadores británicos en los años setenta–, sino la existencia del sentimiento de clase.» Después de todo, eso significaba que un grupo de la sociedad tenía intereses que no solo eran diferentes de los del grupo dominante, sino que en realidad estaban en rumbo de colisión.

En tercer lugar, la política de clase siempre estuvo en el núcleo más profundo de la izquierda. La izquierda, después de todo, se había fundado principalmente para dar a la gente de clase trabajadora una representación política. Si la acción colectiva, la solidaridad y el desafío a los intereses de la clase dominante ya no eran relevantes, entonces la izquierda había perdido toda razón de ser, y no le quedaba más que disolverse en el liberalismo. En cuarto lugar, abandonar la clase significaba ver la pobreza y el desempleo ya no como problemas sociales, sino más bien como fracasos individuales. Dependía de cada individuo «arreglárselas por su cuenta» y salir adelante: si no lo lograba, sería él el único culpable. Y si el comportamiento individual era el que tenía que corregirse, entonces ya no quedaba papel alguno para la acción colectiva. El Estado de bienestar tenía que desmontarse porque, al fin y al cabo, se limitaba a subsidiar los fracasos personales de los individuos.

Esa es la razón de que sea tan importante defender el concepto de clase, y de por qué este libro es tan oportuno. Nuestros oponentes nos dicen que nuestro análisis se remonta a un mundo que ya no existe, pero defender la centralidad de la clase no significa negar que su naturaleza haya cambiado. Cuando Karl Marx y Friedrich Engels escribieron el *Manifiesto comunista* en 1848, el grueso de la clase trabajadora británica lo formaban criadas y personal doméstico: continuó siendo así hasta la Primera Guerra Mundial. Las décadas de 1940 y 1950 trajeron consigo el auge de la clase trabajadora industrial. Muchas comunidades se habían formado alrededor del lugar de trabajo: en la mina, en la acerería, o en la fábrica. Aunque las mujeres siempre habían trabajado –incluyendo sobre todo el trabajo no remunerado en el hogar–, este era sobremanera un mundo dominado por hombres. Los hijos a menudo desempeñaban la misma ocupación que sus padres, y podían contar con tener el mismo empleo durante toda la vida.

Esto ha cambiado, y de manera radical. La clase trabajadora industrial ha dado paso a una fuerza laboral empleada en el sector de servicios. En los *call centers* del Reino Unido trabaja tanta gente ahora como lo hacía antes en las minas, en el momento álgido de la industria minera. Estos empleos son más limpios, menos arduos y exigentes, y sin duda menos destructivos. Pero los salarios son a menudo relativamente inferiores, y los empleos más inestables. Ha habido un incremento drástico en el número de trabajadores con contrato de cero horas –una modalidad de contrato precario en el que no se garantiza al empleado una carga de trabajo mínima a la semana–, en aquellos obligados a trabajar a tiempo parcial, y en el número de trabajadores temporales y de ETT. La Confederation of British Industry –el organismo que representa a la patronal británica– animó abiertamente a las empresas a que aprovecharan la recesión creando una «fuerza flexible»: una mano de obra cada vez más precaria con un núcleo de trabajadores a tiempo completo cada vez más pequeño. Los derechos que los trabajadores anteriores daban por sentado –como la baja médica remunerada, la baja por maternidad y las aportaciones empresariales a planes de pensiones– se han erosionado incesantemente. En el Reino Unido se estima que, en los años venideros, habrá más autónomos que trabajadores del sector público. La gente que se autoemplea a menudo valora la in-

dependencia, la idea de ser «su propio jefe», y esto no es ninguna sorpresa en una sociedad en la que los jefes tienen tal poder despótico sobre las vidas de los trabajadores. Pero los ahora autoempleados carecen de ingresos estables de los que puedan vivir, sus horarios de trabajo a menudo son erráticos, carecen de pensiones complementarias y baja médica remunerada, a menudo les cuesta acceder a créditos de los bancos, sufren a la hora de cobrar las facturas, o dependen de infraestructuras deficientes.

La naturaleza cambiante de la clase trabajadora pone en cuestión los modos antiguos de construir lazos solidarios. A diferencia de la vieja clase trabajadora, no tenemos comunidades construidas alrededor de los supermercados o *call centers*. La gente cuenta con que tendrá más de un empleo en el espacio de un año, u oscilará entre el trabajo y el desempleo. Esta es la razón de que los nuevos movimientos sociales –como hemos comprobado dramáticamente en España– sean tan importantes, porque la naturaleza cambiante de la clase necesita un renovado énfasis en la organización, tanto de la comunidad como de la fuerza laboral.

Además, la clase no puede entenderse sin el género. Las mujeres se concentran desproporcionadamente en los empleos peor pagados y más inseguros. La austeridad ha dañado mucho más a las mujeres, ya sea en la cantidad de desempleadas o sus ingresos, como en el acceso a la seguridad social y los servicios públicos. En el Reino Unido, la mayor parte de los afiliados sindicales son ahora mujeres. Lo que ha sido especialmente inspirador en España en los tiempos recientes es el papel de las mujeres en los nuevos movimientos de cambio, como Ada Colau en Barcelona y Manuela Carmena en Madrid. Tampoco puede entenderse la clase sin la raza. En el Reino Unido y otros países europeos, los trabajadores negros y de otras minorías étnicas tienen muchas más posibilidades de que sus empleos sean peor pagados y más inseguros, así como muchas más posibilidades de sufrir el desempleo. La edad también importa. Tenemos una juventud que crece sin el viejo bienestar socialdemócrata: carece de trabajo seguro y vivienda asequible; sufre el castigo del endeudamiento, por aspirar a obtener una educación; los servicios de los que más depende son brutalmente atacados, y sus estándares de vida se derrumban.

La clase trabajadora nunca ha sido homogénea: siempre ha incluido a trabajadores rurales y urbanos; propietarios y alquilados en viviendas públicas; trabajadores a tiempo completo y parcial; nacidos en el país e inmigrantes... Los poderosos pueden servirse sin piedad de estas tensiones. A los trabajadores peor pagados se les anima a no enfadarse con sus empleadores si no les pagan adecuadamente, ni tampoco con sus gobiernos por recortar en seguridad social, pero sí a enfadarse con los desempleados, absurdamente acusados de vivir entre lujos. A los trabajadores del sector privado se les anima a no enfadarse por el hecho de que sus empleadores les hayan arrebatado sus pensiones complementarias, y a enfrentarse con los trabajadores del sector público, que todavía conservan intactas sus pensiones. A aquellos nacidos aquí se les anima a no enfadarse con sus gobiernos por no haber construido viviendas decentes y asequibles ni proporcionar empleos estables, y a dirigir su cólera hacia los inmigrantes por quitarles, supuestamente, los empleos y viviendas que les pertenecen. Se enfrenta al trabajador con el trabajador, a vecino con vecino, en un esfuerzo por redirigir la rabia y desviarla de los poderosos.

En el Reino Unido, la oposición a la inmigración se ha convertido en el prisma a través del cual mucha gente ve los problemas reales. Crecí en Stockport, un pueblo postindustrial del norte de Inglaterra. Muy pocos inmigrantes viven allí; de hecho, la población de Stockport está disminuyendo. El pueblo tiene muchos problemas: falta de vivienda social y empleo estable, salarios que caen, y servicios públicos desbordados. Pero el fracaso de la izquierda a la hora de presentar un relato coherente –de una sociedad manipulada en favor de una pequeña elite, en vez de estar dirigida a favor de la mayoría– ha significado que la oposición a la inmigración ha llenado el vacío.

Desde la crisis financiera, el resentimiento entre las comunidades de clase trabajadora no ha hecho más que crecer. Esta rabia va en dos direcciones muy diferentes. En los Estados Unidos, por un lado, tenemos la formidable aparición de Bernie Sanders, un septuagenario senador judío de Vermont, que es el «socialista» con mayor éxito en la historia de Estados Unidos. Por otro lado, el ascenso de Donald Trump, un cuasifascista que culpa de los muchos males de la sociedad estadounidense a los inmigrantes mexicanos y a los musulmanes. En el Reino Unido, hemos visto el

ascenso del movimiento cívico nacionalista por la independencia de Escocia, y del izquierdista Green Party, y la llegada de Jeremy Corbyn a la dirección del Partido Laborista; por otro lado, el populismo xenófobo y antiinmigración de UKIP. En Grecia, el ascenso de Syriza enfrentándose a la austeridad, pero en Francia el del Frente Nacional, de extrema derecha y antimusulmán. En Austria, las elecciones presidenciales de 2016 no se dirimieron entre los partidos tradicionales, sino entre un candidato de la extrema derecha, de un lado, y un ecologista independiente, de otro.

En España, desde luego, hemos visto el ascenso espectacular de Podemos. Para todos los que queremos una sociedad gobernada en el interés de los trabajadores, esta irrupción ha sido emocionante. Podemos y sus aliados ilustran que la composición cambiante de la clase trabajadora no tiene necesariamente por qué condenar a la izquierda a la extinción. En absoluto: más bien, implica que no podemos caer de nuevo en las viejas certezas políticas y retóricas, y que adaptarse al mundo tal y como es no significa capitular ante el dogma de los ideólogos del mercado.

La idea de clase sigue siendo crítica: como medio de entender la sociedad, y de transformarla. Tras una crisis que causaron los de arriba –y que se espera que pague la mayoría social–, el concepto de clase es aún más crucial. Podemos construir una sociedad diferente, dirigida por y para la mayoría; este libro es una aportación esencial al propósito de construir esa sociedad.

Owen Jones

[1] Traducción de Antonio J. Antón Fernández.

INTRODUCCIÓN

«El obrero tiene más necesidad de respeto que de pan.»

Karl Marx

«Del hambre real, de la falta de comer de nuestros padres, habíamos sacado nosotros el instinto de morder.»

Javier Pérez Andújar, *Paseos con mi madre*

Este libro surge con la finalidad de buscar explicación y dar respuesta a una ausencia. Tras la ola de recortes y la brutal ofensiva que desde la Troika se lanzó contra nuestro país, en connivencia con un gobierno reducido al papel servil de mero gestor de la contrarreforma, aparecieron distintos movimientos de masas destinados a frenar dicha ofensiva neoliberal. Del 15M (embrión y precursor) a las distintas mareas (sanidad, educación, justicia...), pasando por los yayoflautas, la Plataforma de Afectados por la Hipoteca (PAH) o colectivos como Democracia Real Ya! (DRY), Juventud Sin Futuro (JSF) o Yo No Pago, las calles de nuestras ciudades han sido escenario de infinidad de manifestaciones, sentadas, acampadas, batucadas, *performances*, cargas indiscriminadas, ocupaciones y (las menos veces) de acción directa. Al margen de sus diferencias y sus características propias, un hilo conductor recorre todas y cada una de las recientes movilizaciones y colectivos que han avivado el conflicto social y han agitado la calle: la ausencia significativa de la clase obrera^[1].

Una de las tesis principales del libro es que, salvo excepciones como la movilización minera, la PAH o el SAT, la calle ha sido tomada por una clase media^[2] recientemente empobrecida, una falsa clase media para cuyos gurús y portavoces los términos clase obrera o clase trabajadora son un anacronismo o tienen una carga peyorativa. Para algunos sectores de la clase media con conciencia política y movilizados, la clase trabajadora que se queda en casa puede llegar a ser apática, conformista, reaccionaria y hasta caer en los cantos de sirena del fascismo, todo lo cual imposibilitaría el papel de sujeto revolucionario que tuvo antaño. Ejemplos como el de la famosa cajera de Mercadona han contribuido a esta imagen al mostrar a una trabajadora que no está peleando por sus derechos sino asumiendo funciones de

guardia jurado cuando los sindicalistas del SAT expropiaron un par de carritos llenos de alimentos básicos para denunciar el hambre y la necesidad que sufren las clases populares en Andalucía y, por extensión, en el resto del Estado español. Pero, como mostraremos a lo largo del libro, la realidad es mucho más compleja y menos simple de lo que aparenta a primera vista.

Es un hecho incuestionable que reponedores, camareros y camareras, mozos y mozas de almacén, peones de fábrica, limpiadores y limpiadoras, electricistas, peluqueros y peluqueras, conductores y conductoras de autobuses, empleadas y empleados de hogar, fontaneros y fontaneras u operarios/as de toda índole[3], no son mayoría en este tipo de movilizaciones que sacuden el Estado español. Cuando la clase obrera está presente, lo está de manera minoritaria y, desde luego, no marca la agenda de las movilizaciones en función de sus intereses de clase. Los motivos son muchos y de distinta índole: desde la invisibilización de las clases sociales bajo el eufemismo tramposo de la clase media, hasta la desnaturalización (pasando de la parodia y la burla a la abierta criminalización) de los estratos sociales que se encuentran en la base de la pirámide del sistema. Más allá de la responsabilidad colectiva que pueda corresponder a la clase trabajadora, consideramos que tal ausencia también tiene otros culpables, y no nos temblará el pulso a la hora de enumerarlos y criticarlos. Por supuesto, señalaremos a la casta política en el poder, medios de comunicación y al resto de la oligarquía, pero no pasaremos por alto el papel fundamental de partidos políticos de izquierda transformadora que olvidaron a quién representan, sindicatos cautivos de su propia burocracia inmovilista y una izquierda académica (proveniente en su mayoría de la clase media) obsesionada con reinventar y reformular hasta el absurdo, a base de neologismos, las relaciones de explotación existentes. Una izquierda académica alejada completamente de la clase trabajadora y centrada en sus pupilos: los jóvenes universitarios, ni mucho menos mayoría en este país como nos demostrarán los datos. Pudiera parecer –según la manufacturada opinión pública– que en este país solo existen universitarios que se ven forzados a emigrar. Por una vez vamos a centrarnos en los *otros*, en los que no pueden emigrar porque ni tienen una carrera, ni han hecho un máster, ni hablan tres idiomas. Aquellos que, pese a ser más numéricamente, no forman parte de la laureada «generación mejor preparada

de la historia». Una clase obrera olvidada y denostada por una elite intelectual que, contra toda tradición antifascista y transformadora, y siempre bajo la excusa de aglutinar, se auto-encadena a la realidad existente y se esfuerza por parecer –tanto estética como discursivamente– lo más domesticada posible, legitimando dicha realidad y convirtiéndose en esclava de un pragmatismo pueril que conduce al puro inmovilismo o a un tibio reformismo, lejos incluso de la socialdemocracia tradicional.

Hemos de reconocer que este libro es también hijo de las redes sociales, de interminables y reiterados debates en Facebook, de comprobar cómo en todas las discusiones ambos autores nos quedábamos solos defendiendo al cani/nen/garrulo de turno, denunciando que el hijo del obrero estaba ya expulsado de la Universidad antes de la Ley Wert o argumentando que el 15M está muy bien pero tuvo serias dificultades para conectar con el mundo del trabajo y que, como el 15M, cualquier fuerza política que surja está condenada al fracaso si no logra atraer el apoyo de la clase obrera. Nos dimos cuenta de que, pese a nuestras amistades virtuales enmarcadas en ciertos parámetros (gente movilizada, izquierda transformadora, etc.), nosotros éramos distintos y teníamos mucho más en común pese a venir de diferentes corrientes del socialismo[4]. Nos cercioramos rápidamente de que la coincidencia provenía de nuestro origen social y que este condicionaba de manera tajante nuestro punto de vista. Nuestras intervenciones estaban cargadas de una especie de odio y orgullo de clase difícil de describir o teorizar. Un odio latente y primitivo pero presente en cada línea, ese tipo de rencor irracional que describía Frantz Fanon en el alma del colonizado en su monumental *Los condenados de la tierra*. Ese odio del que se sabe con una experiencia vital plagada de penurias o limitaciones económicas frente a un interlocutor que sabes que nunca las tuvo o que, a lo sumo, pisó un barrio obrero para hacer turismo social. Esa rabia que te empuja a querer gritarle algo parecido a «¡¡Pero qué me estás contando si lo más cerca que has estado de un pobre es una novela de Dickens!!». Un odio que en ocasiones es difícil de contener o amaestrar, lo que provoca situaciones tensas con gente a la que aprecias y, sobre todo, con la que compartes barco en esto que llamamos «izquierda transformadora». De la misma forma, y como la otra cara de la misma moneda, el origen social de las amistades con las que debatíamos estructuraba un